

PRÓLOGO

-...y seguro que tu madre no dirá nada?- preguntó el muchacho, estaba muy emocionado. Ella era hermosa, y fue algo inesperado que hubiera aceptado salir con él esa noche.

-mientras vuelva a casa antes del amanecer, todo estará bien.- respondió con seguridad.

Él puso la mano en la palanca de cambios y ella la suya encima. Sabía que él la miraba todo el tiempo, y a punto estuvo de invitarlo a salir de no ser porque, a último momento, él lo hizo.

Él la recogería en su casa y habían prometido volver antes de media noche, pero todos sabían que eso no sería así. Lo que no sabían era lo cierto que eso podía llegar a ser.

Él decidió acortar el camino. No quería perder ni un segundo de estar con ella.

-por aquí?- preguntó ella, pero no había en su voz alarma o inquietud, fue sólo una pregunta.

-sí, es más corto- dijo, pisando un poco más el acelerador. -no tendrás miedo, o sí?-

-jaja, ni hablar- contestó, acercándose a él. -son sólo estupideces de la gente, y ya estoy mayorcita para creer en duendes y en hadas.-

-dicen más bien que son vampiros, que se llevan a la gente a lo alto de una montaña para beber su sangre y dejar sus huesos desnudos caer colina abajo.-

-pero si no hay montañas en estos pueblos!.- replicó divertida.

-son montañas que están en otra dimensión, cariño.- había bajado la voz, dramatizando un poco.

-qué lindo eres.- le dijo, apretándose más contra él. Se alzó un poco para besarle, y él volvió el rostro para encontrar sus labios con los de ella.

Fue una imprudencia menor, como desviar la vista para cambiar la emisora o poner un cassette, pero duró un segundo o dos más de lo que hubiera debido, entonces no vio la bruma gris que se levantó del suelo envolviendo el coche como un manto, y cuando volvió a mirar al frente, quedó momentáneamente desorientado.

-mierda!- masculló él, ella no dijo nada, pero una sombra de creciente preocupación se instaló en su cara. Él entrecerró los ojos y quitó el pie del acelerador. De pronto, de entre la bruma, surgió una visión espeluznante

sólo por el hecho de estar fuera de lugar. Frente a ellos se alzaba imponente una enorme puerta de madera.

Él dio un volantazo, ella gritó, agarrándose de cualquier cosa; el coche aún llevaba velocidad. Salieron del camino, y el coche se detuvo por inercia varios metros más adelante en medio de la niebla y la oscuridad.

Nadie salió del vehículo.

UN AÑO DESPUÉS.

Eran las tres y treinta de la tarde cuando aquella pareja entró a su oficina. Mónica Campos se levantó y les saludó, indicándoles con un gesto que tomaran asiento.

-buenas tardes, detective, mi nombre es Octavio Torres- dijo el hombre. Se notaba calmado y daba la impresión de ser un hombre que no hablaba más de lo necesario y que prefería mantenerse al margen del problema.

-y yo soy Mercedes Cuevas- dijo la mujer, antes de tomar asiento.

-un placer- respondió la detective.- en qué puedo ayudarles?-

-verá- comenzó la mujer, despojándose de los anteojos oscuros, revelando unos ojos grises desprovistos de toda expresión. "en algún momento tuvieron que haber sido color avellana". Pensó Mónica mientras observaba el contraste de su palidez con el negro de su largo cabello, que llevaba sujeto con una coleta. -mi esposo ha desaparecido- en su voz se adivinaba la angustia que no dejaban ver sus ojos.

-entiendo- dijo Mónica, y a su mente acudieron en tropel decenas de flashes con imágenes de una niña pequeña; de una bella joven, de un apuesto muchacho; una jovial pareja, un policía en el umbral de su casa con el rostro contrariado; un coche abandonado. Llenándose de aplomo, continuó. -podría darme más detalles? Cuándo lo vio por última vez?-

-desde ayer por la noche.- contestó. -salió de casa a eso de las once. Somos nuevos en esta zona, vivimos en Barzé. Llegamos hace un par de meses y nos hemos estado adaptando. Ayer por la noche, mi esposo salió a resolver unos asuntos en la capital, y desde entonces no ha regresado. Recibí una llamada esta mañana de la estación de policía para informarme que habían encontrado su coche abandonado en algún lugar entre este y el poblado vecino. Quise venir antes, pero como ve, tengo dificultades y tuve que esperar a mi hermano para que me ayudara.-

Mónica se reclinó en su silla y la miró, se dio unos golpecitos con el bolígrafo en el mentón.

-muy bien, ahora le haré una serie de preguntas para hacerme un perfil del señor...-

-Mauricio- se apresuró a responder.

-del señor Mauricio.- repitió, y abrió una pequeña libreta, de esas que parecen llevar todos los detectives.

Luego de unos treinta minutos, la detective Campos se había formado una imagen mental del desaparecido, claro que, una fotografía del hombre ayudaría mucho, pero la mujer no tenía ninguna a mano; Mónica no le vio

mucha lógica a que la tuviera, pero preguntó de todas formas. Le dijo que a partir de ahora, debía dejarlo en sus manos, y le dio al señor Octavio una tarjeta de presentación con su número telefónico al dorso, con la promesa de contestar a cualquier hora.

El primer paso lógico era ir a ver el coche en el depósito de la alcaldía, después de todo, era lo único material que se conectaba con el desaparecido. Así que a las cinco de la tarde, después de concretar algunos pendientes, se fue hacia allá. Al llegar, guardia en la entrada le exigió la credencial, y luego la dejó pasar de mala gana; tenía pensado largarse en treinta minutos.

La inspección del coche fue rutinaria: era un Chrysler newport modelo 1979 color azul, en buen estado, no había marcas, a simple vista, al menos, de golpes o ralladuras. Mónica extrajo de su pequeño maletín un par de guantes de látex y se los puso. Sacó también una pequeña pero potente linterna y un paquetito de bolsitas ziploc. Luego abrió la portezuela del Chrysler.

El interior del vehículo era tan normal como cabría esperar, un diario enrollado en la hendidura de la puerta, un envoltorio vacío en la alfombra; nada detrás, nada entre los pedales, nada en... "ah! Qué es esto?" se preguntó. Dirigió el haz de luz y, como si se tratara de un objeto radiactivo, una hebra de pelo largo y rubio se materializó en el borde del asiento del acompañante. Lo tomó entre los dedos y lo levantó para observarlo. "claro que un cabello largo y rubio no tiene por qué significar nada" se dijo, e introdujo la potencial pista en una bolsita hermética.

Continuó indagando, aunque no esperaba encontrar nada más, el cabello podría revelar sólo una cosa, que el señor Mauricio Cuevas no estaba sólo esa noche. De pronto pasó algo extraño mientras estaba mirando debajo del asiento. Se quedó muy quieta, aguzando sus sentidos. "qué extraño" pensó, y una repentina reticencia a mirar hacia afuera se apoderó de ella. "podría jurar que oí mi nombre".

Justo cuando decidió erguirse sobre el asiento, sintió que algo le tocaba la espalda y un escalofrío le recorrió la columna vertebral erizando el vello de todo su cuerpo.

Se incorporó de un salto, y un rostro demacrado de mujer le sorprendió asomado a la ventanilla. Instintivamente se echó hacia atrás y llevó su mano a la espalda, pero luego recordó que no había visto la necesidad de llevar un arma, (ni siquiera la pequeña 38 especial para el tobillo). Cerró y volvió a abrir los ojos, y ya el horrible rostro no estaba,

había en su lugar el de un hombre: el empleado del depósito de coches que tocaba la ventanilla con los nudillos y señalaba su reloj de pulsera.

Era una noche fría y tenebrosa. Una centella vagabunda iluminó por un segundo el pedregoso paraje, volviendo enseguida a quedar en la penumbra; las grises nubes arrastradas por el viento cubrían de cuando en cuando el lúgubre resplandor blanquecino de la luna menguante; reina de oscuros presagios y diosa de criaturas cuya vida transcurre entre las sombras, al acecho de otras que no tienen otra alternativa mas que ampararse bajo las estrellas y rogar a alguna deidad del día para ver el siguiente amanecer. No todas las criaturas de la luna, sin embargo, pertenecen al mundo palpable y material que habita sobre el suelo, hay otras también que existen en el mundo impreciso de lo que no está aquí. Y también le pertenecen a ella.

Entre los pueblos de Barzé y Bruné, existe un trecho de poco más de kilómetro y medio que no tiene nombre, tampoco vegetación o fauna, tan sólo un antiguo y descuidado asfaltado color grisáceo que, al caer la noche, parece alargarse y desaparecer en el horizonte hacia tierras fuera del mundo de los vivos.

Muchas veces los alcaldes de ambos pueblos combinaron esfuerzos para proveer de alumbrado al dichoso paso, pero ni las compañías más costosas de la capital del país lograron que las luces permanecieran encendidas por más de veinticuatro horas. Al caer la noche, de forma inexplicable, todos los faros, uno a uno, terminaban fundiéndose como si no soportasen el castigo de iluminar ese tramo y decidieran suicidarse como única salida. Los viejos de ambos pueblos aseguraban que ahí tuvo lugar una atrocidad tan espantosa que ni la luna era capaz de iluminarlo; los habitantes más jóvenes aseguraban, con más de una versión, que duendes, vampiros, brujas o espantos, mantenían esa zona a oscuras para llevarse a quien osara usar ese paso prohibido.

La más popular intentaba explicar las extrañas desapariciones que habían tenido lugar allí, precisamente, y decía que, en la antigüedad, el mismo satanás, al que llamaban El Penco, reclamó los pueblos para sus dominios, y tras una larga lucha, los clérigos lograron liberarlos, pero la inmundicia que dejó a su paso era inmensa, y eligieron esa zona para deshacerse de todos los males, así, allí nunca creció nada, y nada podía vivir, ni siquiera la luz, y entidades oscuras nacidas de toda esa maldad, acechaban a los incautos que transitasen por aquellos parajes y hacerse con cuerpos que les permitieran caminar en la tierra de los vivos. Los sacerdotes, para intentar remediarlo, colocaron un pasaje espiritual, que consistía en una puerta en medio del camino que permitía el paso sin peligro a uno u otro

lado, pero los demonios que se arracimaban junto a aquella puerta creaban una espesa bruma, y cuando los transeúntes la veían aparecer de pronto, intentaban esquivarla, y al no atravesarla, terminaban desapareciendo para siempre, ya que era preferible quedarse a volver con uno de aquellos horribles demonios. También había, claro, escépticos y estudiosos que alegaban problemas de magnetismo, anomalías climáticas y otras explicaciones "científicas". Lo cierto era que nadie que viviera en uno u otro pueblo, usaba ese tramo a menos que fuera estrictamente necesario.

Esa noche, un par de faros barría el solitario camino, y por incomprensible que pareciera, no era lo único que había en él, aunque sí lo único visible, si hubiese alguien que estuviera ahí para verle. El conductor cambió a las luces altas al ver la bruma aparecer y, aunque la prudencia le obligó a disminuir la velocidad, el instinto fue más fuerte, y reaccionó como cualquier conductor cuando vio aquella extraña y gigantesca puerta en medio del camino. Dio un volantazo hacia la derecha, saliendo de la vía, y traqueteó por la grava hasta detenerse por completo en medio de una nube de polvo y niebla.

Nadie salió del coche.

Al día siguiente, una grúa de la alcaldía de Bruné se acercó al sitio y procedió a llevarse el vehículo, el cual fue encontrado sin ocupantes a unos seiscientos metros en esa dirección; ambos pueblos tenían estrictas reglas en cuanto a las jurisdicciones, y una frontera imaginaria pero inquebrantable dividía el camino maldito en, exactamente, ochocientos metros, y cada alcaldía debía encargarse de los problemas acaecidos en su respectiva mitad. Así que en el depósito de vehículos de la alcaldía de Bruné ingresó esa mañana un coche abandonado; no había muchos, así que no hubo problemas para ubicarlo.

El segundo paso en el proceso era visitar la escena del... Crimen? Porque una persona desaparecida no representa necesariamente un crimen. La evidencia encontrada en el coche sólo afirmaba la presencia de alguien más, no aseguraba adulterio, asesinato o secuestro.

Desechó enseguida todas esas hipótesis; había leído en alguna parte que era mejor no hacer conjeturas apresuradas ya que tendían a crear predisposición a tomar tal o cual camino, condicionando las conclusiones. Divagando sobre esos pensamientos, recordó el rostro de mujer que creyó ver la tarde del día anterior y volvió a sentir un súbito escalofrío, aunque no tan intenso como el anterior. Miró su reloj; marcaba las nueve y cuarenta cuando notó que había rebasado la frontera de Bruné, y justificó, de forma inconsciente el escalofrío. "y hablando de predisposición". Pensó.

Allá donde el camino se desfiguraba en un espejismo acuoso divisó una figura. Parpadeó varias veces para enfocar mejor, pero la figura continuaba ahí, inmóvil, flotando como un... "pero qué me está pasando?" se preguntó. La edad y los estudios le impedían creer que aquello fuera lo que sus ojos veían. Miró instintivamente su pequeño bolso Louis Vuitton que llevaba en el asiento contiguo y se sintió un poco más segura, aunque no veía qué utilidad podría tener una Beretta 9mm ante un...

Se sintió estúpida al acercarse más al sitio y reconocer a la señora Mercedes. Estaba ahí, a un lado de la vía, de espaldas a ella, inmóvil en medio de aquel desierto grisáceo. Sólo al estar suficientemente cerca vio que el largo vestido blanco de la mujer apenas ondeando le hacía parecer que flotaba.

Después de constatar que no se trataba de un fantasma o algún espectro, sobrevino la pregunta: "qué diablos hacía esa mujer ahí?" Claro, nadie le impedía estar donde le diera la gana, y su marido está desaparecido, eso era comprensible, pero era realmente extraño verla sola ahí, es decir, en su condición.

-buenos días, señora Cuevas.- le dijo al acercarse.

-buenos días, detective.- respondió la mujer sin volverse, parecía abstraída en una especie de trance, pero a la vez consciente de todo lo que la rodeaba.

-disculpe si le molesto, señora, pero puedo preguntarle qué está haciendo aquí?-

-busco a mi esposo, detective.-

-em, sí, lo siento, debí imaginarlo, pero...- titubeó. -su esposo desapareció en este sitio, bueno, al menos así parece, y no sabemos bajo qué circunstancias, así que no me parece seguro que esté usted sola aquí.-

-no estoy sola- replicó, aún de espaldas a Mónica.

El peso de una mano en el hombro le hizo dar un bote, y se giró con el corazón en la boca y su propia mano en el bolso empuñando la culata del arma, encontrándose con el señor Octavio, el hermano de Mercedes.

"pero qué demonios te pasa?" se dijo, furiosa consigo misma, obligándose a la calma.

-disculpe usted, detective, no quise asustarla- dijo el hombre con gesto sincero.

-no, no, está bien.- concedió ella mientras buscaba el vehículo en el que los hermanos habían llegado, hasta que lo vio por ahí, aparcado de cualquier forma a un lado del descuidado asfalto. Se quedó un rato mirándolo, intentando explicarse cómo no lo vio antes.

La voz del hombre la devolvió al asunto.

-ella me pidió que la trajera, no pude convencerla de lo contrario.-

-tal vez yo pueda convencerlos a ambos de que se están exponiendo si existe algún peligro, y por otro lado, interfieren con mi trabajo...-

-se equivoca usted, detective.- la interrumpió Mercedes, volviéndose hacia ellos. -mi esposo está allá- y señaló con un dedo un punto indeterminado.

Luego todo oscureció como si la noche hubiera adelantado su hora y querido dejar caer su velo en ese instante, como si todas las nubes decidiesen ocultar el sol, sumiéndolos en las sombras.

En medio de la oscuridad, apareció ante ellos el espectro una mujer altísima, que caminaba haciendo un ruido como de huesos que chocan, y arrastraba la cola de una larga túnica de la que emanaba un pálido fulgor azulado. Su cara era la cara de la muerte, y no tenía ojos, sino un brillo de brasas encendidas en el fondo de las cuencas.

-han cruzado el umbral!- anunció una voz incorpórea, que parecía provenir de algún lugar muy lejano; fuera de este mundo. El espectro flotaba, sin duda esta vez, ante la mirada petrificada de Mónica, quien llevó lentamente su mano al bolso y aferró de nuevo su arma.

-devuélveme a mi esposo!- inquirió Mercedes, desafiando al fantasma.

-y quién es tu esposo?- preguntó a su vez el ánima, produciendo con esa voz del más allá un estremecimiento en los corazones de los otros.

-ese!- afirmó Mercedes, señalando un punto entre lo que parecía ser una congregación de almas llenas de confusión y miedo.

Mónica sacó su arma del pequeño bolso cuando la espeluznante entidad levantó una mano y enseguida, de la multitud que había tras ella, uno de los penitentes se separó, acercándose.

Y entonces la vio.

Una muchacha hermosa de cabellos castaños que acusaba una tristeza muy grande en sus ojos.

Mónica sintió de pronto una opresión tan grande en el pecho que casi le hace desfallecer.

-Carla!!- gritó, y corrió hacia ella, mas cayó de rodillas tras pocos pasos, impotente, ante un movimiento de la mano del fantasma. -es mi hija!!- se apresuró a gritar con lágrimas en los ojos y estirando un brazo suplicante.

-ella no puede volver- afirmó con un bramido. Y restándole toda importancia, señaló entonces al esposo desaparecido, hablando de nuevo -este hombre fue infiel, y no cruzó el portal de la fé, por lo que ahora estará aquí eternamente.-

Mercedes hizo un esfuerzo gigantesco al intentar sin éxito no mostrar indignación. El fantasma habló de nuevo, al ver que ninguno decía nada. -ese fue el convenio con los mortales, y no se ha roto jamás!- declaró, con esa paciencia que sólo puede tener un ser que permanecerá hasta el fin de los tiempos. -ellos no pueden regresar.-

Mónica se vio obligada a intervenir; tenía que haber una forma de sacar a su hija de aquel inframundo.

-perdón! Perdón- se aclaró un poco la garganta, e intentó pensar con frialdad. -este hombre cometió un delito, una falta contra su esposa, y debo llevarlo ante la justicia.-

-ya está ante la justicia!-

-no! Es decir, tiene que comparecer ante los mortales, y yo soy responsable de que eso suceda, y no podré volver sin él.-

El espectro no pronunció palabra, y se quedó inmóvil un largo tiempo. Hasta que por fin, la etérea voz habló de nuevo.

-la única forma de volver tiene un precio...- dejó la sentencia en el aire, y la incertidumbre presionó los espíritus de los que aún vivían. -solo podrán volver si traen un alma para dejar aquí como intercambio, de lo contrario, pasado el tiempo pactado, pasarán a alimentarlos a ellos...-y con su mano de hueso sin piel señaló hacia adelante. Mónica, Mercedes y Octavio se volvieron, siguiendo el dedo del fantasma y lo que vieron les hizo palidecer al punto de parecerse a aquellos que habitaban el mundo de las tinieblas: una horda ingente de entidades amorfas y pululantes que se arrastraban unas sobre otras, aplastándose y golpeándose entre lamentos y llantos. Extendían sus miembros lastimeros hacia ellos en desesperados intentos de escapar del infierno.

Los tres permanecieron petrificados ante la horrenda visión, y sus rostros se llenaron de pesadumbre. Mónica se volvió hacia él espectro, sus ojos mostraban ahora calma.

-está bien! Acepto, yo me quedaré, pero libera a mi hija.-

-es justo.- aceptó el fantasma, pero antes de que hiciera ese movimiento con la mano que al parecer significaba la ejecución irrevocable de una orden, la voz de Mercedes se alzó.

-esperen!- el ente etéreo se detuvo. -yo me quedaré. Es mi esposo, y perdonaré su falta, pero me quedaré a su lado para que la niña pueda volver.-

-no!- protestó Octavio, acercándose a Mercedes, tomándole por un brazo. -qué estás haciendo?-

-perdona, pero no podría regresar con ese peso en mi corazón, y tampoco puedo dejarlo, y esa niña aún puede vivir mucho.- Octavio la entendió y la soltó. Ella le abrazó fuertemente y luego se dirigió a Mónica. -cuida de tu hija. Y gracias por ayudarme a encontrar a mi esposo.- y se alejó caminando hacia el fantasma.

EPÍLOGO

Un solitario ruido de motor quebró el silencio de esa mañana soleada. Las pesadas ruedas recorrieron la desgastada vía hasta detenerse cerca de otros dos coches que aguardaban algo a un lado del asfalto, sobre la grava. Las puertas del recién llegado se abrieron con un chirrido y dos pares de botas de seguridad descendieron a ambos lados. Dos hombres corpulentos que llevaban gruesas cadenas y herramientas en sus manos enguantadas se acercaron primero a uno de los coches.

Una mujer y una joven estaban dentro. El uniformado tocó la ventanilla con los nudillos y la mujer abrió los ojos. Estaba algo desorientada, pero se apresuró a buscar a la chica a su lado, la vio respirar con calma y sonrió.